

1 El sol de la tarde caía plomizo sobre la avenida Juárez, proyectando sombras largas y angulosas sobre el pavimento. El inspector Rivas observaba el gran reloj circular de la estación de trenes con fijeza maquinal; las manecillas metálicas marcaban exactamente las quince horas con cincuenta y cinco minutos. Una mujer con un abrigo azul marino cruzó la calzada a paso rápido, arrastrando una maleta de lona desgastada por los bordes. Sus ojos se movían de izquierda a derecha. Se detuvo junto a la taquilla número tres, abrió un bolso de mano y extrajo un sobre amarillo. Entregó tres billetes arrugados al taquillero, quien le devolvió un boleto de cartón y varias monedas. El segundero continuó su avance regular.

2 Detrás de una columna de hormigón, Rivas sintió que el aire se volvía irrespirable. Sabía perfectamente, con una certeza que le arañaba las entrañas, que en ese sobre amarillo se custodiaba el secreto que sepultaría su carrera judicial. El remordimiento lo asfixiaba; recordar los meses de complicidad y los sobornos aceptados le provocaba una náusea física irresistible. Sin embargo, el miedo a ser descubierto y un retorcido sentido de supervivencia lo anclaban al asfalto ardiente. Su mente era un torbellino de pánico y ambición, atrapado entre el impulso de huir y la necesidad imperiosa de destruir la evidencia que aquella mujer transportaba.

3. La mujer se giró de golpe y su mirada chocó directamente con la del inspector. El cuerpo de ella se tensó instantáneamente. Rivas avanzó con pasos medidos, anulando la distancia e imponiendo su figura robusta bajo la luz grisácea del vestíbulo. Al quedar a escasos centímetros de ella, el ruido ambiental pareció disiparse.

—Sé perfectamente lo que lleva en esa maleta, señora Juárez —sentenció Rivas con una voz gélida, desprovista de cualquier matiz humano—. No intente subir a ese tren si no quiere que las cosas empeoren para usted y su familia.

4. Elena Juárez retrocedió un paso, apretando el sobre contra su pecho con ambas manos, mientras sus nudillos se tornaban blancos por la presión. Con la voz quebrada por el pánico, ella afirmó que no sabía de qué maldito secreto le estaba hablando y le exigió de inmediato que la dejara en paz porque perdería el único transporte de la tarde. Añadió que él no tenía ningún derecho a retenerla sin una orden judicial válida. Su rostro había quedado completamente pálido, despojado de color, pero en sus pupilas dilatadas brillaba la furia desesperada de los inocentes acorralados.

5.- El inspector permaneció inmóvil, imperturbable como una estatua de sal. ¿Acaso creía esa mujer que un simple retraso la salvaría de la justicia que él torcidamente decía representar? Qué ingenuidad la suya. Rivas no iba a permitir que una advenediza arruinara su vida entera después de todo lo que había tenido que sacrificar para llegar hasta ese puesto. Ella jamás comprendería el verdadero precio de su silencio ni el peso de sus cadenas. Él tenía que actuar ya, antes de que fuera demasiado tarde.

6.- La locomotora emitió un silbido ensordecedor y una densa nube de humo blanco comenzó a invadir el andén central. Rivas extendió su mano derecha hacia la maleta de lona. La mujer tiró de la empuñadura hacia atrás, pero sus dedos resbalaron debido al sudor. El tren comenzó a moverse lentamente, haciendo chirriar las ruedas de acero sobre las vías metálicas.